

POR QUIEN SUENAN LOS CAÑONES

LA XXI Asamblea General de las Naciones Unidas acaba de inaugurarse. En el orden del día de esta sesión no figura el conflicto del Vietnam. No ha sido estudiado, tampoco, por el Consejo de Seguridad, donde las contradicciones entre los cinco miembros permanentes, los cinco llamados «grandes» de la segunda guerra mundial que debían haber configurado el mundo, son tan flagrantes en este tema como en todos los demás. Sin embargo, hasta el millón de cristales de la gran jaula de Manhattan vibra por el estruendo lejano de los cañones del Vietnam. ¿Por quién suenan los cañones? Por todos nosotros. «Está próximo el peligro de una más extensa y más grave calamidad que amenaza a la familia humana», dice Pablo VI. «Que aquellos que tienen en sus manos la suerte de la familia humana sepan que en estos momentos tienen su conciencia cargada de una muy grave obligación. Que interroguen su conciencia y sondeen su corazón, que cada uno mire a su propia nación, hacia el mundo, hacia Dios y hacia la historia; que piensen que su nombre será bendecido si responden con sabiduría a esta apremiante invitación. En nombre del Señor, gritamos «Deteneos». Es necesario entrevistarse, conferenciar, negociar con toda serenidad». ¿Qué efecto tendrá la encíclica «Christi Matri Rosarii»? No es fácil dar una respuesta optimista. Hace un año el Papa volaba hacia la ONU, en uno de los actos más espectaculares de los últimos tiempos. Sus palabras causaron emoción en gran parte del mundo, respeto en todas. Sin embargo, la mecánica de la guerra no se ha detenido, sino que ha acrecentado su progresión geométrica. La escalada, tan claramente definida en la Encíclica, ha aumentado el número de hombres en combate, las destrucciones, las víctimas en la población civil, la ampliación de los territorios afectados por la guerra; y apunta ya hacia un mundo enorme, el mundo chino, que no tiene voz ni voto en la Asamblea de la ONU y que reacciona con una histeria de defensa que enrarece y endurece la situación en toda Asia. Ahora mismo, apenas emitida la Encíclica, sus interpretaciones y tergiversaciones comienzan ya a desvirtuarla. Desde Washington se dice que está dirigida «a los comunistas», desde Pekín se dice que el Papa es «abanderado de las clases reaccionarias» («Bandera Roja», 19 de septiembre). En Francia se subrayan los párrafos que parecen coincidir con los del general De Gaulle en su condena de la guerra, pero se dejan pasar sin comentario aquellos que se refieren a la carrera hacia la diseminación de la bomba atómica, en la que Francia participa activamente, pese al título que ella misma se ha concedido de «*fille aîmée de l'Eglise*».

Otro documento que pesa sobre esta Asamblea es lo que se está llamando estos días «Testamento político de U Thant», contenido en lo que debe ser su último informe a la ONU, de cuya Secretaría General dimite, y en la conferencia de prensa pronunciada al hacerlo

público. U Thant es más concreto, más explícito en sus acusaciones. Desde definir las últimas elecciones de Vietnam del Sur, diciendo que no han sido «ni libres ni honradas», hasta determinar que es la intransigencia de los Estados Unidos y el progreso de la escalada lo que impiden el restablecimiento de la paz. Para U Thant la situación en el Vietnam no es un problema ideológico, y no debe estar revestido de un mito de cruzada. Hace dos años que impide la creación de lazos fructuosos de cooperación internacional, y lleva al mundo por una pendiente que puede terminar en una tercera guerra mundial. La acentuación, en estos últimos tiempos, de las acusaciones de Thant, es una muestra clara de que ha abandonado ya el camino de la diplomacia y de que su decisión de dimitir es irreversible. A menos que de aquí al final de la Asamblea General ocurriese algo positivo.

PUEDE ocurrir algo positivo? Será preciso el hallazgo de una fórmula mágica. A mi juicio, las fuerzas belicistas que se han desencadenado en los Estados Unidos, superan con mucho las posibilidades de control que tenga sobre ellas el presidente Johnson. La rigidez del sistema gubernamental de Estados Unidos, el peso de la industria de guerra en torno a la cual gravita hoy, por entero, la economía del país, la creación psicológica de una «política de potencia», son elementos que no admiten una deflación rápida. Creo haber citado ya las desgarradoras etapas por las que tuvo que pasar Francia —crisis ministeriales, guerra civil fría, cambio de numeración de la República— hasta que asumió la conciencia de que había que abandonar sus últimas colonias. El ejemplo de cómo Francia ha resurgido y de cómo ha vuelto a ocupar un papel de primera importancia en el mundo, tras haber liquidado sus guerras coloniales con el abandono, contrastado con las angustias por las que pasa Gran Bretaña tratando de aferrarse a los últimos jirones de su imperio son bastante explícitas. Estados Unidos no perdería nada con el abandono del Vietnam, a condición de que supiera reconvertir su industria de guerra en industria de paz; y no sólo no perdería nada, sino que ganaría mucho en prestigio y en peso. Han sido sus avatares vietnamitas los que le han hecho más daño en su «status» mundial. Kennedy tuvo una visión muy exacta de esas posibilidades. Su asesino o sus asesinos no le dejaron llevarlas a cabo.

La fórmula propuesta por U Thant y asumida ahora por el presidente de la XXI Asamblea, el pakistaní Abdul Rahman Pashwak, son demasiado apropiadas a las que prevalecen en Hanoi, para ser simplemente aceptadas por Estados Unidos. Los tres puntos esenciales son el cese de los bombardeos de Vietnam del Norte, la retirada progresiva de las fuerzas americanas (y, añaden ellos, norvietnamitas) y la participación de los representantes del Vietcong en las negocia-

**Por
EDUARDO
HARO
TEGLEN**



¿Por quién
suenan
los cañones? Por
todos nosotros.
Mientras
en las tierras
de Indochina
cientos
de hombres de
todas las razas
mueren
en el combate,
la XXI Asamblea
General de
las Naciones
Unidas
no ha incluido
en su orden
del día el
tema del Vietnam.

ciones. Goldberg, hablando en la tribuna de las Naciones Unidas en nombre de los Estados Unidos, declaraba el 22 de septiembre, que su país «estaba dispuesto a discutir con Hanoi» la aplicación de estos puntos. El problema está en que Hanoi acepte cualquier principio de discusión si no cesan antes los bombardeos.

PORQUE, evidentemente, a una actitud rígida de los Estados Unidos corresponde una actitud más rígida aún de los asiáticos. Esta rigidez se apoya en una serie real de hechos: la escalada no ha conseguido variar en lo más mínimo el curso de la guerra y ha situado a los Estados Unidos en un plano moral difícil en el mundo, ocupando el papel de agresores, mientras que los vietnamitas han ido ganando posiciones en la opinión pública. El discurso de De Gaulle en Pnom Penh, la encíclica del Papa, las amargas y repetidas declaraciones de U Thant, los llamamientos de los neutralistas, como la señora Gandhi, la solidaridad de los países comunistas: todo ello son puntos a favor de los guerrilleros del Vietcong, de los dirigentes de Hanoi. China ha dilapidado estúpidamente este capital favorable con su «revolución cultural». Creo que lo ha hecho, como he dicho en alguna ocasión anterior, como reacción obligada de defensa, como necesidad de electrizar y movilizar las masas ante un ataque que consideran inevitable por parte de los Estados Unidos. Pero han despertado una hostilidad grave en el mundo y han desequilibrado, a lo que parece, la situación interior, si creemos las noticias, según las cuales en todo el país se desarrollan luchas entre la llamada «guardia roja» y los elementos que se consideran amenazados por la nueva situación.

En suma, los dos años de escalada en el Vietnam, lejos de ablandar al enemigo vietnamita, le han fortalecido. La situación tiene, tal vez, un cierto paralelo con lo sucedido en Cuba: las primeras presiones anticastristas por parte de los Estados Unidos, hechas de una manera torpe, en las que ni se utilizó la fuerza de una manera suficiente como para derribar al régimen, ni la negociación como

para adecuarse al nuevo sistema cubano, forzó a Fidel Castro, que en un principio no era marxista, a radicalizarse hacia el comunismo. En el Vietnam, los Estados Unidos llevan años apoyando políticos y militares impopulares, desde Diem hasta el actual Ky, sosteniendo un régimen basado en la corrupción y el desorden al que no pueden ni han podido nunca presentar como alternativa esperanzadora al Vietcong. Johnson aportó a la Casa Blanca su «complejo de vicepresidente». Llegado al poder cuando menos lo esperaba, cuando prácticamente su carrera política estaba concluida, creyó que podría pasar a la historia, de pronto, con una victoria fulminante en el Vietnam, con una especie de «blitzkrieg» que le diera la victoria. En aquella época, en los últimos meses de Kennedy y los primeros de Johnson, la situación estaba madura para las negociaciones. Todo lo que ha sucedido después no ha hecho más que endurecer a los vietnamitas hasta llevarles a la posición que hoy ocupan: imposibles de vencer por las armas, moralmente defendidos por algunas de las más altas mentes del mundo y por una mayoría enorme de la opinión pública. No se ve claramente que para ellos haya llegado el momento de negociar.

LA mayor esperanza no procede de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Está en la ocasión que el secretario de Estado, Dean Rusk, va a tener de negociar, al margen de la sesión, con los ministros de Asuntos Exteriores de otros países: tiene citas con setenta ministros. Los decisivos serán, sin duda, el francés Couve de Murville y el soviético Gromyko, y ello por su capacidad de negociadores. Los dos representan países que tienen audiencia importante en Hanoi. El propósito de Rusk será el de pedirles, sin duda, que sondeen la posición de Hanoi, y directamente la del Vietcong, para ver en qué condiciones podrían los asiáticos aceptar una negociación. Podrían, quizá, los Estados Unidos aceptar ahora el ingreso de China en la ONU; pero siempre queda la incógnita de saber cuáles son las condiciones chinas.